



Alfabetización y literacidad: la unión de dos contrarios

((1))Todas las épocas históricas marcan, como si fuera un mapa, las características relevantes de una cultura. Toda cultura deja además su sello distintivo a través de las tecnologías que fueron utilizadas para comunicar y transformar el conocimiento generado dentro de ellas. Hubo un tiempo en el cual los humanos no sabían ni leer ni escribir hasta que la tecnología (como pudieran ser por ejemplo las tablillas sumerias con marcas cuneiformes) marcó una posibilidad nueva de preservación de la información y comunicación de la misma. Se volvió importante, en forma muy lenta pero inexorable, ser capaz de interpretar lo que esas marcas en paredes, tablillas de barro, papiro y finalmente en papel decían. Fue tanta la creación cultural del texto que las personas en casi todos los puntos del planeta se volvieron “alfabetas”, es decir, seres capaces de traducir los códigos de información expresados a través de un alfabeto a un lenguaje oral. Aprender esos códigos fue entonces sinónimo de estar alfabetizado. Tal concepción llegó operacionalizada hasta nuestra época en una expresión ambigua: “saber leer y escribir”. Pero ¿qué es exactamente saber leer y escribir?

((2))Si alfabetizar es entonces, en su forma más elemental, enseñar las letras del alfabeto a quien no lo conozca y con ello abrir la posibilidad para que esa persona se incorpore al mundo del texto ¿cuáles son los límites de incorporación a este mundo del texto? ¿En qué punto del espectro, que tiene como límites extremos el “no saber leer y escribir” y el “leer y escribir excelentemente”, podemos decir que una persona se ha incorporado al mundo del texto? Es claro que cada época ha marcado su definición. Seguramente hubo un tiempo en el cual se consideraba a una persona alfabetizada cuando podía leer un párrafo (estandarizado por alguna autoridad) de algún texto o cuando podía escribir su nombre y algunas frases que un examinador indicara verbalmente. Posteriormente se amplió la definición a ser capaz de leer diferentes tipos de texto y expresar una opinión sobre ellos, o saber leer un mapa o seguir una receta de cocina, o ser capaz de explicar el lenguaje sintético de un diagrama de flujo. En general, generaciones de educadores no han dejado de pensar cuál es la medida inferior necesaria que indique si una persona puede operar efectivamente en una sociedad que depende tanto de los textos. Las versiones modernas de esta concepción quedan plasmadas en instrumentos como PISA y



ENLACE quienes persiguen definir para los públicos nacionales e internacionales cuando un individuo está listo para confrontar el mundo del texto en sus diferentes manifestaciones.

((3))El incesante fluir y cambiar de la sociedad y la cultura entonces va confrontando al individuo promedio con demandas año con año más intensas en lo que se refiere a su capacidad de interactuar con textos y extraer significados de ellos. En particular desde la segunda mitad del siglo XX el cambio social y cultural ha sido tan profundo, tan intenso, que se ha considerado importante hacer una distinción entre simplemente saber leer y ser capaz de manejar texto en una cultura “post-letrada” como la han llamado algunos y en la cual la palabra “texto” ha adquirido significados múltiples. Es en el contexto de la modernidad que las nuevas tecnologías y formas novedosas de representación mental (de las cuales hablaremos en breve) han cambiado nuestras concepciones fundamentales de lectura en un libro de papel y por ello ahora necesitamos una nueva palabra para describir nuevas realidades: literacidad.

((4))Hoy vivimos las misteriosas posibilidades de la hipertextualidad, la intertextualidad, de codificaciones html y páginas Web, las literacidades múltiples, el correo electrónico, los blogs y foros de discusión, los videos, las fotografías, el sonido todo mezclado en formas multifacéticas de representación mental. Hace unas décadas este mundo tenía sólo un soberano “el texto impreso” cuyos súbditos eran simplemente alfabetizados. Claramente el texto impreso ya no puede satisfacer al moderno lector electrónico quien, al volverse súbdito del nuevo reino, no es solamente alfabetizado sino literalizado. Existe la creencia de que el rey ha muerto y al grito de “viva el rey” se engendra una nueva visión para la adquisición del conocimiento. La oralización de la escritura y la adquisición y automatización de códigos alfabéticos es simplemente el sustrato de una competencia mucho más sofisticada de adquisición de significados que conjuntan lo conceptual, lo visual, lo procedimental. Ahora no solo somos alfabetizados sino que tenemos como meta ser literalizados de muchas maneras y en muchos ámbitos. Sentimos que necesitamos ser literalizados en el uso de la computadora, en las ciencias, en las matemáticas y la estadística, la economía y la política en la lectura de textos discontinuos (mapas, diagramas, figuras) y por supuesto en los tradicionales textos continuos de la historia y la literatura. Ahora nos damos cuenta más que en ninguna otra época de la historia que



“saber leer” es una habilidad altamente contextualizada. Podemos ser excelentes lectores de textos continuos con descripciones cualitativas del mundo y ser pésimos lectores de textos científicos, muchas veces discontinuos, con descripciones cuantitativas de la realidad o viceversa. Siendo alfabetizados podemos repetir perfectamente lo que un libro de ciencia dice respecto a algún tema, sin embargo necesitamos ser literalizados para poder explicarlo.

((5))En el mundo de la literacidad la oferta textual ha desbordado por completo a la demanda. Desde los tiempos de Gutenberg el texto ha sido año con año más barato hasta que hoy en día observamos que en Internet tenemos a nuestro alcance, con sólo apretar unas cuantas teclas, más cantidad de texto de la que pudiéramos analizar en toda una vida. El propósito de un lector moderno ya no es leer unos cuantos libros “clásicos” en toda su vida, sino hacer de su vida una constante y a veces dolorosa selección de texto que merezca ser leído. Así nos encontramos en el mundo de la literacidad no a un lector como “ratón de biblioteca” sino las enormes cantidades de texto, bibliotecas completas, al alcance de los clics del “ratón”. El mundo de la alfabetización poco a poco descubrió que la lectura decodificadora de texto sólo tenía sentido cuando se volvía crítica, cuando sabía separar el trigo de la paja. Ahora que los textos son seleccionados por los buscadores automáticos de Yahoo o Google y cuyos resultados en los temas de importancia invariablemente arrojan miles de posibilidades, la lectura crítica se vuelve crucial para sobrevivir a la avalancha informática. El proceso de publicación de un texto que en el mundo de la alfabetización era canonizado por las empresas editoriales ahora tiene la puerta tan amplia que casi todos pueden entrar. En la alfabetización el objetivo era comprender las líneas del texto impreso, en la literacidad es leer entre líneas una vez que se ha “navegado en la Red” y se ha encontrado (con buena suerte) un sitio confiable. No hay duda que los vientos electrónicos de la literacidad demandan navegantes críticos porque de no ser así la sobre-oferta textual será un presagio de tiempos de pobreza intelectual más que de abundancia. Ya estamos observando la triste escena de malos lectores pululando en abundancia de textos. Corremos el peligro de convertirnos en un reino de desnutridos cuando en cada casa se ofrece gratis un banquete. Uno de los mayores fracasos educativos de la escuela moderna sería que aquellos que han sido alfabetizados no puedan dar el salto hacia la literacidad.



((6))Alfabetización y literacidad si bien parecen ser contrarios coexisten una unión dialéctica. Están unidos por una jerarquía. La literacidad es impensable sin la alfabetización. No importa cuán sofisticado sea el contexto del texto, cuan admirable en sus manifestaciones electrónicas, sus conexiones a otras fuentes, su tipografía y diseño gráfico, sus complementos visuales o auditivos, sus apoyos pedagógicos, en última instancia tendremos un ojo que codifica a velocidades portentosas un grupo de signos que llamamos palabra, que relaciona con algún significado en su memoria permanente que tal vez lo verbaliza para apuntalar mejor su significado y que conecta con las siguientes palabras para crear un significado. El acto de leer en la forma más sofisticada de literacidad que pudiéramos pensar en la era electrónica con sus hipertextos, sus procesadores de palabra, sus herramientas gráficas, sus bases de datos y sus buscadores, lleva estampada con tinta indeleble su humilde origen, los procesos mentales de percepción, y automatización alfabética.